



UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



3^{er} CONCURSO
“ELABORACIÓN DE
OBRAS LITERARIAS
DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR”

SEGUNDO LUGAR

TÍTULO DE LA OBRA:

MORPHOS

AUTOR:

JAIME DAMIÁN CHICOA ZEPEDA



Colegio del Nivel
Medio Superior



CÁTEDRA UNESCO
para la lectura y la escritura



FOMENTO DE
PRÁCTICAS
LECTORAS

COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

**Programa del Alto Impacto “Fomento de Prácticas Lectoras”
del Nivel Medio Superior**

DIRECTORIO



RECTORÍA GENERAL

Dra. Claudia Susana Gómez López
Rectora General

Dr. Salvador Hernández Castro
Secretario General

Dra. Diana del Consuelo Caldera González
Secretaria Académica

Dra. Graciela Ma. De La Luz Ruiz Aguilar
Secretaria de Gestión y Desarrollo

DIRECCIÓN DEL COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

Dr. Juan Antonio Sánchez Márquez
Director del Colegio del Nivel Medio Superior

Dr. Víctor Hugo González Torres
Secretario Académico del Colegio del Nivel Medio Superior

**RED UNITWIN, CÁTEDRA UNESCO EN LECTURA
Y ESCRITURA PARA AMÉRICA LATINA**

Dr. Aureliano Ortega Esquivel
*Coordinador de la Sede Principal de la Red Unitwin Cátedra Unesco, para la Lectura
y la Escritura en América Latina, Sede Principal en México-Universidad de Guanajuato.*

COMITÉ FOMENTO DE PRÁCTICAS LECTORAS DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

Mtro. Eduardo Guadalupe Saucedo Ortiz
*Enlace de Fomento de Prácticas Lectoras del Nivel Medio superior/Enlace Operativo del CNMS
Para La Red Unitwin/ Cátedra Unesco, para la Lectura y la Escritura en América Latina.*

REVISIÓN Y EDICIÓN
Mtra. Flor Esther Aguilera Navarrete
*Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales
y Humanidades del Campus Guanajuato. Universidad de Guanajuato
Investigadora y responsable del Proyecto Producción y Estudios Editoriales/
Prácticas Didácticas de Lectura y Escritura.*



M O R P H O S

Jaime Damián Chicoa Zepeda



Fue un día gélido, aquel momento en el que dimos el último adiós a mis padres no distinguía entre gotas de lluvia que acariciaban mi rostro y las lágrimas que sin control emanaban de mis ojos al sentir cómo Magdalena arrojaba rosas en el ataúd donde recostado estaba el héroe que derrotaba a los monstruos que vivían debajo mi cama. Ramón no dejaba de dar alaridos inhumanos por su hijo, tanto que los cuervos que descansaban en las ramas secas, croando, salieron disparados por todo el cementerio haciendo sacudir mi esqueleto como si de un balde de agua helada se tratase. El pensamiento frecuente de que soy culpable de la muerte de Ana y Roberto me taladraba en la cabeza.

Se suponía que íbamos a festejar mi cumpleaños número 18.

Sigo sin asimilar su muerte. Fue tan espontánea, tan cruda y brutal. A veces, en la llobreguez que despierta al oír que en un ululato se hace ver en las ramas me pregunto si saben que sus vidas terminaron de forma tan abrupta. Me pregunto si mi padre, que era un gran contador, alto, piel blanca que se enrojecía cuando se reía y con tatuajes en todos lados, sigue creyendo que aún sujeta la mano izquierda de mi madre. Ella, con su belleza innegable, ojos color zafiro y cabello lacio y almendrado cantando sus canciones favoritas en el estéreo del coche. Recuerdo que esa noche el sonido del claxon me devolvió la conciencia. No

sabía qué pasó y el olor a gasolina se hacía presente, la cabeza me palpitaba y los oídos me zumbaban y tenía un dolor agudo en el abdomen, pero no le tomé importancia, ya que quedé perplejo al ver cómo sobre el claxon yacía el cuerpo inmóvil de mi padre como un muñeco de ventrílocuo después de ser desechado por un titiritero. Intenté despertarlo, pero al levantar su torso encontré un fragmento de vidrio incrustado en su pecho.

Nos habíamos estrellado con un poste de luz.

Como si se tratase de un niño de nuevo ingreso que no sabe dónde está a su salón, giré hacia mi derecha y me encontré una escena horrorosa, mi madre no estaba en su asiento. Salí como alma que lleva el diablo a buscarla apesar de los dolores punzantes en mi cuerpo. Había un camino color rojo en el pavimento de la 58 que dirigía hacia un bulto. En un escalofrío fui testigo de cómo lo que se enrojece bajo el beso ardiente del Sol en el cenit, se erizaba como una gallina desplumada. Corrí esperando que fuera cualquier otra persona menos la brújula que guiaba mi barco cuando mi tierra se ocultó en el horizonte. Mientras corría hacia el bulto, en él había pedazos de cuero cabelludo color almendrado, ahí fue donde supe que era mi madre, al llegar su piel colgaba y el cráneo era visible, su mandíbula estaba dislocada, la ropa rasgada, desfigurada y no habría sido capaz de reconocerla a no ser por su marca de nacimiento que tenía en el brazo derecho.

El darme cuenta de que en un instante mi madre pasó de cantar junto a mi padre a ser un cadáver que sería habitado por gusanos, me golpeó como una tormenta que derrumba una casa de cartas. Una voz grave me susurró al oído “eres culpable, Nicola”, no toleré la impresión que me provocó tal escatología, y esa voz que caí al pavimento junto a ella como un objeto inerte.

Desperté confundido en la cama de un hospital, mis abuelos junto a mí y el recuerdo no tardó en despertar al oír las siguientes palabras:

—Nicola, tus padres murieron —dijo abuelo escuetamente.

Al escuchar esas palabras entré en un estado de disociación mirando fijamente a un florero con girasoles con los que decoran las mesas sobrecama para que te sientas un poco mejor acerca de que estás hospitalizado. Pues eso no sirvió, sus palabras retumbaron en mi mente y rompí en llanto como un mocoso al que le quitan su oso de peluche. Intentando consolarme, mi abuela se recostó en mi pecho, sus lágrimas mojaron mi bata y mi abuelo con ojos enrojecidos sostuvo mi mano. Sabía que estaban tan destruidos como yo.

Volví a escuchar esa voz que me decía que soy culpable.

—No soy el culpable de su muerte —las palabras salieron de mi boca.

La mirada de mi abuela con la voz entrecortada repuso:

—Yo lo sé, cariño, fue un accidente.

—¡No fue mi culpa! ¡No fue mi culpa!

En el pecho sentí como si un elefante estuviera encima mío, creí que moriría justo allí. Mi respiración se volvió errática y un miedo incontrolable me invadió haciendo que empezara a sacudirme frenéticamente mientras rugía como un león, cuando de pronto un dolor espantoso convirtió esos gritos de pánico en agonía. Sangre manchó mi bata en la parte izquierda. El abuelo intentó que me calmara mientras que mi abuela salió de la habitación llorando para llamar a alguna enfermera. Estaban petrificados corriendo y pusieron de lado a mis abuelos. Intentaron calmarme sujetando mis extremidades, pero estaba tan fuera de mí que tuvieron que sedarme. Cuando me encontré de nuevo en paz la hora de visitas había terminado y mis abuelitos se marcharon y la mancha roja ya no estaba. María —una enfermera alta como un árbol y delgada como un palo, sus lentes en forma de círculo color negro le van bien a sus ojos café claro y su cabello ondulado y oscuro—entró a mi habitación, se paró frente la mesa sobrecama y me dijo que en el accidente al impacto un vidrio salió disparado hacia mí, quedando incrustado profundamente en mi abdomen y tuvieron que ponerme trece puntos, los cuales se volvieron a abrir con los movimientos tan bruscos de mi ataque, lo cual significaba que me quedaría bajo revisión durante en la noche y que al día siguiente me darían de alta. Llegó la noche y acababa de cenar una gelatina de limón y una sopa de verduras. El sueño se hizo presente en mis ojos y decidí dormir.

Era un bosque, el aire fresco con olor a pino llenaba mis pulmones mientras iba con mi familia al lago para comer mi comida favorita. Mi padre encendió la parrilla y mi madre me preparó una hamburguesa, con pepinillos y sin tomate como me gustan, justo cuando iba a darla primera mordida a esa succulenta hamburguesa una ceniza entró a mi ojo y el humo cegó mi vista. Al recuperar la visión levanté la mirada, pero ya no había parrilla, ni hamburguesa ni tomates, sólo eran mis padres volteando en dirección al lago. La temperatura disminuyó y el viento brusco comenzó a mover todas las hojas por todos lados.

—¿Todo bien? —arrugando la frente y juntando las cejas.

El silencio inundó el lugar.

—¿Mamá? —más alarmado.

Me levanté y antes de tan siquiera mover un pie:

—¿Por qué lo hiciste Nicola? —dijeron ambos al mismo tiempo en un tono escalofriante que me heló la sangre.

—¿Hacer qué? —tenía las manos sudadas y frías.

—¿Por qué nos mataste, Nicola?! —gritaron al mismo tiempo con una voz grave que sacudía el bosque entero como un terremoto, y un color azul verdoso se apoderó de todo mi alrededor.

Giraron sincronizados y un vidrio apareció en mi mano, parpadeé y estaba cara a cara con mi papá, y como un muñeco ventrílocuo lo apuñalé con el vidrio hasta que su sangre saliera por su boca. Cayó como pluma al suelo, ahogándose en su sangre. Recuperé el control de mi cuerpo y retrocedí asqueado y petrificado por lo que acababa de hacer, comencé a llorar sin control por mi papá. Mi madre, pálida comenzó a correr, gritando en desesperación y mis lágrimas se convirtieron en una risa siniestra, la maldad e ira se apoderaron de mí como titiriteros. En un abrir y cerrar de ojos me teletransporté a donde estaba mi madre y comencé a arrastrar su cabeza en una piedra hasta que la piel le colgaba. Al recuperar la conciencia estaba temblando y vomité dándole la espalda a mi madre. Escuché un ruido extraño detrás mío, como de carne viscosa que estás manipulando. Giré y vi cómo los cuerpos de mis padres se fusionaban en un monstruo desfigurado y horrendo que parecía un teratoma, comenzaron a salirles más patas hasta que eran ocho. Les salieron colmillos y un abdomen de araña. Comencé a correr sin mirar atrás mientras escuchaba los pasos tétricos de esa araña enorme. Los pinos se invertían, las flores se pudrían y los pájaros caían como piedras al suelo. Seguí corriendo hasta que por accidente aplasté a uno de los pájaros caídos y resbalé con sus entrañas, la araña me alcanzó y simplemente cerré los ojos aceptando mi final, pero nada pasó, abrí de nuevo los ojos y todo estaba como antes, no había filtro azul ni pájaros Muertos ni flores marchitas, estaba a salvo, o eso fue lo que creí. El sonido de un violín emanaba de un lugar desconocido, giré hacia todos lados intentando encontrar de donde provenía, y al volver a mirar hacia en frente lo vi: Morphos. Era un ente sombrío alto y con extremidades largas y tenía una máscara de Melpómene vieja y con grietas. El verlo me impresionó muchísimo, intenté correr nuevamente, pero mis piernas no respondían. Morphos comenzó a caminar hacia mí y cada paso que daba retumbaba en mis oídos y creaba grietas en todos lados, de ellas salía un líquido que parecía estática que iba con-

sumiendo todo a su paso. Morphos comenzó a correr a toda velocidad hacia mí y el violín se intensificaba y mi corazón se aceleraba. Mis piernas no respondieron hasta que Morphos llegó hacia a mí y antes de poder alcanzarme salí corriendo, pero no llegué muy lejos antes de que Morphos me sujetara del tobillo izquierdo con su brazo que se estiró como liga haciendo que cayera y me arrastró hacia él, giró mi cuerpo bocarriba, se montó encima de mí y me vomitó un líquido negro espeso. En ese momento desperté.

Ya era de mañana, estaba empapado en sudor y frío como un cadáver y tenía la boca seca. Abuelo no tardó en llegar para llevarme a casa de ellos. El aroma de las plantas que mi abuelita tenía por toda su casa invadió mi nariz, recordando todos los momentos en los que llegué a ese hogar al lado de mis padres, mi abuela con su cabello cobrizo y una sonrisa eterna y esos rizos marcados me recordaban la colección de muñecas de porcelana que mi mamá tenía en casa y su voz tan dulce y suave como la mantequilla que arrulló muchas veces mi pernoctación, sería un fin de semana lleno de risas y probablemente un buen plato de sopa y chocolate que mi abuelita preparaba, sin embargo la voz de mi mente me confirmó por un momento que de ahora en adelante ése sería mi nuevo hogar. Sus ojos de miel se iluminaron al verme entrar por la puerta, después de ser hospitalizado por el accidente.

Tenía un abrigo tejido color verde lima y rubor que cubrían sus pecas.

Me sentí seguro.

El día después del entierro de mis padres llegamos a casa, pero algo se sentía distinto, el lugar estaba más callado de lo normal, todos estábamos destrozados y sentí un enorme vacío en mi alma. No pude llorar más ese día. Más tarde en la noche mi abuelo encargó algo de cenar, comida china. Nos sentamos los tres en la mesa y mi abuelo puso un poco de música clásica en su tocadiscos. A pesar de que es día fue uno de los más fríos de mi vida, el estar sentado con ellos me calentó el alma, nos reímos juntos de los momentos lindos que pasamos con mis papás y lo que su adiós nos dejó.

Desperté gritando en pánico esa madrugada, mis abuelos corrieron rápidamente a mi habitación preocupados por mi bienestar. Soñé de nuevo con la máscara de tragedia, Morphos. Esta vez el sueño fue en la cima de un edificio, altísimo. El sinrostro se hizo presente con los violines tétricos y el filtro azul verdoso, aquel que en la vez pasada me quedé inmóvil ante su figura, se transformó en una cobra y con su cuerpo me apretó y me llevó a la orilla del edificio.

—¡Tú los mataste, Nicola! —vociferó el escamoso en una voz grave que me parecía familiar, pero que no pude descifrar.

Me arrojó al vacío donde había vidrios enormes que se clavaron en mi pecho despertándome empapado de sudor. Pasaron semanas en las que me despertaba gritando aterrorizado por Morphos.

Una tarde mi abuela preparó huevo revuelto y un poco de tocino al lado y picó sandía para acompañar. Nos sentamos los tres a comer, y mientras me comía un poco de sandía me dijeron que estaban realmente preocupados por mí. No han podido dormir las últimas cuatro semanas por las pesadillas que hacen que despierte gritando.

—Cielo, necesitas ayuda, no podemos permitir que sigas así. Tu abuelo y yo queremos que veas a un psicólogo.

—¿Por qué? Si yo ya superé la muerte de mis padres. Ya es el pasado, no me afecta el presente —repuse con un tono exaltado.

—Nicola, te despiertas todas las noches llorando gritos por tus padres —el barbón de mi abuelo respondió.

Apreté los dientes e hice de mis manos puños y bajé la mirada, estaba enojado.

En ese momento escuché los violines y el azul verdoso inundó el lugar. Estaba confundido, esto no era un sueño. De repente por el rabillo del ojo lo vi, estaba asomando su máscara desde la esquina de un cuarto al fondo. En un instante se teletransportó atrás mío, me amarró unas cuerdas a mis manos y pies como marioneta y se trepó al techo como una araña, me manipulaba. Me hizo caminar hasta donde están los cuchillos y me hizo tomar el más grande y afilado, cuando tenía el cuchillo en la mano, Morphos soltó una risa chillona. Mis abuelos se asustaron y comenzaron a alejarse de mí, Morphos no me soltaba y tenía miedo. Me hizo caminar hacia ellos y comencé a apuñalarlos sádicamente bajo su control. Cuando estaban muertos, las cuerdas desaparecieron y volví a ser yo, no sabía lo que acababa de pasar y comencé a llorar, pero en el fondo, me gustó. Caminé hacia el espejo y vi a Morphos detrás mío. Hizo algo que nunca había hecho, se quitó la máscara de Mélponeme. Era yo. Me mostró una visión, era de la noche del accidente, me mostró que estaba discutiendo con papá porque me obligó a festejar mi cumpleaños con mis abuelos, cuando yo quería festejar con mis amigos en una fiesta, papá me gritó y me enfurecí. Morphos apareció al lado mío y me poseyó, me abalancé sobre mi papá y giré bruscamente el carro. El giro tan brusco hizo que me desequilibrara y me pegué en la parte detrás de la cabeza haciendo que me desmayara. Quedé en shock. Siempre fui yo. Soy culpable.

Morphos se terminó
de editar en mayo de 2025.

